

De la “raza” y sus tres grandes mentiras

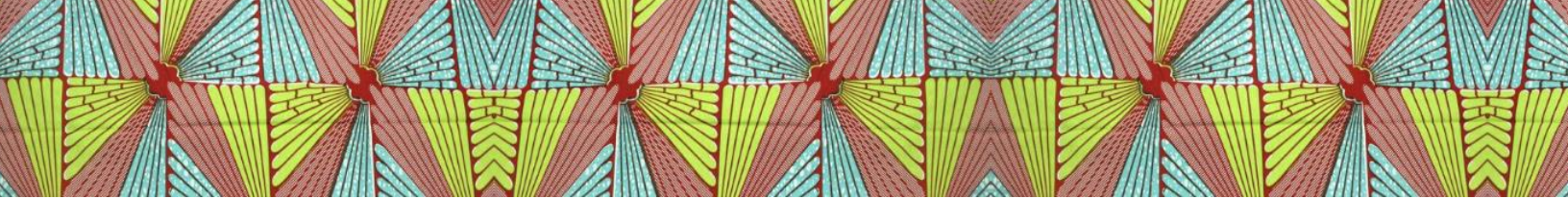
Autores:

Nahayeilli Juárez Huet (CIESAS-Red Integra, Afrodescendencias, A.C.)

Francisco Vergara Silva (Instituto de Biología UNAM-Red Integra)

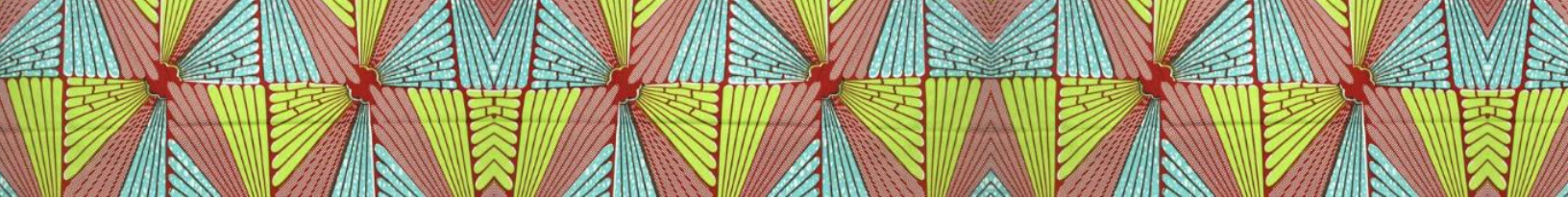
Muchas personas piensan que el simple hecho de tener los ojos rasgados, una nariz ancha o larga, el cabello crespo, una frente más amplia, piernas cortas o largas, o un color de piel más claro u oscuro –por mencionar tan sólo una pequeña muestra de la diversidad de características corporales externas de nuestra especie, *Homo sapiens*– es justificación para clasificar a quien presenta tales rasgos físicos como representante de tal o cual “raza”. La idea de que los humanos nos dividimos “naturalmente” en “amarillos mongólicos”, “blancos caucásicos”, “negroides”, “indios piel roja” y otras categorías similares es la primera gran mentira asociada al uso de la palabra “raza” que aún encontramos en algunos libros de texto escolares, en diversos medios de comunicación, o en una sobremesa familiar. Ningún humano es exactamente igual a otro (con la excepción de algunos tipos de gemelos); sólo hay que mirar dentro de nuestra propia familia para constatarlo. La verdad es que los avances científicos han demostrado que, en la especie humana, el concepto biológico de “raza” no es aplicable para clasificarla a su interior, ya que supondría que existen rasgos que se presentan *exclusivamente* en ciertos grupos humanos y nunca en otros.

Pero, entonces, ¿qué dice la ciencia sobre estas evidentes diferencias exteriores, que a todas luces existen entre los seres humanos? En biología, estas diferencias externas son llamadas *variaciones poblacionales*, y la suma de todas ellas constituye lo que se conoce como la *variación biológica humana*. Extensos estudios en biología evolutiva y antropología biológica han demostrado que estas variaciones, si bien son reales, no son suficientes para hablar de “razas” o de “subespecies” en *Homo sapiens*. Esto quiere decir que *no* podemos hablar de la subespecie humana de “los de ojos rasgados”, o de la subespecie de los



“morenos”. Todos los seres humanos pertenecemos a una sola especie que tuvo su origen hace aproximadamente 200 mil años en África, y que se diversificó como consecuencia de las migraciones que paulatinamente poblaron la Tierra. Esta diversificación de las poblaciones humanas ha ocurrido en África y en otros continentes, y las variaciones *fenotípicas* asociadas –es decir, las diferencias en características corporales observables a simple vista– de las que hablamos en un principio no son otra cosa que caracteres adaptativos al medio ambiente que se originaron a lo largo de varias decenas de miles de años y de la larga historia de movilidades humanas a lo largo y ancho del planeta.

La variación biológica humana que ha surgido a lo largo de la historia de la especie es el resultado de diversas expresiones del genoma humano, muchas de las cuales se han estudiado apenas en las últimas décadas. Aquellas que llamamos adaptaciones son el resultado del proceso de selección natural; este mecanismo fue descrito por Carlos Darwin y otros naturalistas del siglo XIX, y sigue vigente como fundamento de la teoría evolutiva contemporánea. Ahora bien: durante su ciclo de vida, los individuos de todas las especies biológicas se desarrollan a partir de la interacción entre una información codificada en su genoma y el conjunto de parámetros ambientales del lugar en el que viven. Esto no es la excepción para *Homo sapiens*. En este sentido, la segunda gran mentira tiene que ver con la relación entre el genoma humano y los diversos fenotipos corporales. La creencia de que el ADN – nombre técnico que le damos al genoma en tanto macromolécula de las células– es como un “programa de cómputo” o un instructivo rígido para construir el fenotipo está equivocada. La verdad es que si el ambiente cambia, las formas y funciones de las especies también cambiarán, un proceso en el que también entran en juego los mecanismos de control regulatorio de la expresión de variantes del genoma. A este importante atributo biológico se le llama *plasticidad fenotípica*. En el caso humano esta propiedad compleja es en gran parte responsable de las diferencias y combinaciones de características que podemos observar entre poblaciones, y sobre todo dentro de una misma población. Piensa: ¿Cuántos de nosotros tenemos el cabello muy rizado, sin tener



al mismo tiempo la piel muy pigmentada? O bien, ¿cuántos tenemos los ojos rasgados sin ser de origen asiático? ¿Cuántos tenemos la piel oscura y los ojos verdes, o la piel poco pigmentada y los ojos oscuros? E incluso, ¿cómo cambian los fenotipos debido al estilo de vida? Hay personas morenas, altas y bajas, así como personas rubias, altas y bajas, y así sucesivamente; todas ellas pueden ser flacas o gordas, dependiendo fundamentalmente de sus hábitos alimenticios. Las posibilidades de estas diferencias exteriores se pueden multiplicar casi indefinidamente; esta condición se explica en términos de la plasticidad fenotípica de nuestra especie, y no acudiendo a la falsa idea de que *Homo sapiens* se divide en “razas”.

La tercera gran mentira es que el desarrollo y la fisiología humana, que son productos de la evolución, determinan cualidades y aptitudes de las personas de manera fija. En otras palabras, es falso que las variaciones corporales humanas a simple vista determinen ciertas capacidades como la inteligencia, o cualidades o defectos de la personalidad, cualesquiera que éstos sean. La verdad es que éstas son creencias obsoletas de una época en la que la ciencia no había establecido aún las explicaciones evolucionistas que hoy se aceptan en biología evolutiva y antropología biológica. En pleno siglo XXI, esos prejuicios son completamente inadmisibles. Asumir que, por ejemplo, los “negros” son una “raza”, y que por el hecho de serlo son “buenos para correr o para bailar”, o que los “blancos” son “mejores en la natación, en la gimnasia y en las matemáticas” es completamente erróneo y carece de sustento científico. Las ciencias biológicas y antropológicas no han resuelto todas las interrogantes sobre la complejidad humana; esto es cierto. Pero sin duda han demostrado que, en nuestra especie, la apariencia física no nos autoriza a hablar de “razas” biológicas con cualidades y capacidades intrínsecas y fijas. En vez de ello, deberíamos hablar de **variación biocultural humana**.